

HARLEQUIN™

Leanne Banks

Amor imprescindible
Un marido millonario



Leanne Banks

Amor imprescindible

Editado por HARLEQUIN IBÉRICA, S.A.
Hermosilla, 21
28001 Madrid

© 2000 Leanne Banks. Todos los derechos reservados.
AMOR IMPRESCINDIBLE, Nº 75 - 1.2.08
Título original: Expecting the Boss's Baby
Publicada originalmente por Silhouette® Books

© 2001 Leanne Banks. Todos los derechos reservados.
UN MARIDO MILLONARIO, Nº 75 - 1.2.08
Título original: Millionaire Husband
Publicada originalmente por Silhouette® Books

Estos títulos fueron publicados originalmente en español en 2001.

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial. Esta edición ha sido publicada con permiso de Harlequin Enterprises II BV.
Todos los personajes de este libro son ficticios. Cualquier parecido con alguna persona, viva o muerta, es pura coincidencia.
® Harlequin, logotipo Harlequin son marcas registradas por Harlequin Books S.A.
® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia. Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.

I.S.B.N.: 978-84-671-5905-9
Depósito legal: B-53280-2007
Editor responsable: Luis Pugni

Prólogo

Según había dicho el director en su discurso durante la reunión de antiguos alumnos, ellos eran los que más éxito habían tenido a lo largo de la historia del Hogar Granger y, por tanto, debían ser los modelos a seguir por los más jóvenes. «Ellos» eran Dylan Barrow, Justin Langdon y Michael Hawkins. Este último no había podido dejar de pensar en el comentario sobre los «modelos a seguir». Unidos por su pasado común, su prosperidad y sus cuentas multimillonarias, los tres brindaron por su éxito en el bar O'Malley.

Justin, un mago de la bolsa, alzó su jarra de cerveza.

–Felicidades, Dylan –dijo–. Seguro que te sorprendió averiguar que tu padre era el famoso Archibald Remington, dueño de una de las empresas farmacéuticas más importantes del mundo.

Dylan asintió con expresión cínica. Michael consideraba que, de los tres, Dylan era el que mejor daba la imagen de hombre rico y próspero. Ocultaba muy bien sus duros orígenes, aunque Michael podía atisbarlos con facilidad bajo la superficie, pues eran similares a los suyos.

–Mi padre era un cobarde muy rico –dijo Dylan–. No me reconoció como hijo hasta su muerte. Me dejó mucho dinero, un puesto en la junta directiva de una compañía que no quiere saber nada

de mí y unos hermanos horrorizados por el escándalo que represento. Todo tiene su precio.

Michael no podía culpar a Dylan por su actitud. No recordaba ningún chico del Hogar Granger que no hubiera anhelado tener un padre. Aquel era un amargo detalle más que los unía. Ninguno de los tres tenía padre. Apartó de su mente aquel deprimente pensamiento.

–¿Cómo celebraste tu triunfo? –preguntó a Justin, que empezó invirtiendo pequeñas cantidades en bolsa hasta hacerse muy rico.

–Creo que no llegué a celebrarlo. Viví durante años con muy poco dinero y en un barrio pobre para poder invertirlo todo en bolsa, y no hice nada especial cuando alcancé el primer millón. Cuando conseguí el segundo me trasladé a un barrio en el que no hace falta tener rejas en las ventanas. ¿Y tú? ¿Cómo celebraste el éxito de tu empresa en Internet?

Según la prensa y el discurso del director del Hogar Granger, Michael era un genio de los ordenadores que se había hecho rico de la noche a la mañana montando un negocio en Internet. Pero él sabía mejor que nadie cuánto esfuerzo y trabajo le había costado llegar donde estaba.

–Dormí ocho horas seguidas por primera vez en tres años.

Dylan movió la cabeza, pensativo.

–Yo pensaba que tener dinero lo solucionaría todo.

–Soluciona muchas cosas –dijo Justin.

–Pero tiene que haber algo mejor que esto. ¿No te has sentido como un fraude cuando el director no paraba de insistir en el ejemplo que representamos?

Michael sentía el mismo vacío y la misma insatisfacción que Dylan. El dinero le había aportado una publicidad que no quería, unos fortísimos impuestos y la sensación de que nunca encontraría lo que buscaba. Fuera esto lo que fuese.

–Para lo que nos está sirviendo, lo mejor sería jugárnoslo todo.

Justin estuvo a punto de atragantarse con su cerveza.

–Eso sería una imprudencia.

Dylan ladeó la cabeza.

–No es mala idea. ¿Dónde? ¿En Las Vegas o en Atlantic City?

Justin miró a Michael y luego a Dylan.

–¿Se puede saber qué habéis estado bebiendo?

–Michael tiene razón. Llega un momento en que añadir ceros a la cuenta corriente deja de resultar divertido. De momento, como más he disfrutado ha sido comprando un coche y una casa para mi madre. Ninguno de nosotros está casado ni tiene demasiada familia.

–El matrimonio es la aspiradora gigante de las finanzas –dijo Justin en tono alarmado.

Michael sentía el mismo rechazo por el dinero, aunque por motivos diferentes. Se había ganado honradamente su apodo de Hombre de Acero. Aunque apenas confiaba en lo emocional, sentía el empuje insistente de una idea extravagante.

–En lugar de ir a Las Vegas, podríamos convertirnos en los benefactores con los que todos habríamos querido contar cuando estábamos empezando.

Dylan lo miró un largo momento y sus labios se curvaron en una lenta sonrisa.

–Si uniéramos nuestros recursos podríamos hacer cosas grandes.

–Un momento –dijo Justin, claramente preocupado–. ¿Unir nuestros recursos?

–Podríamos deducirnos muchos impuestos –dijo Michael, y la expresión de Justin se suavizó al instante–. Deberíamos crear una especie de club secreto de millonarios.

–Una fundación secreta de millonarios con deducción de impuestos –aclaró Justin de inmediato.

–Hagámoslo –insistió Michael. No había tenido una idea tan clara respecto a lo que quería desde que había iniciado su negocio y había contratado a su secretaria, Kate Adams. Esta era una de las pocas personas del planeta en las que podía confiar, y si él fuera un hombre distinto, un hombre con corazón, su relación podría haber llegado a ser algo más que meramente profesional. Una noche llegó a serlo, pero, afortunadamente, Michael recuperó el sentido común a la mañana siguiente y logró salvar su relación profesional.

–Yo me apunto –dijo Dylan, e hizo una seña con la cabeza al camarero–. Sirva otra ronda.

Un prolongado silencio siguió a sus palabras mientras él y Michael miraban a Justin con expresión expectante.

–De acuerdo, de acuerdo –dijo este finalmente–. Pero si las cosas no salen bien, no me vengáis luego con lamentos.

–Salud –dijo Michael, y alzó su copa con un extraño sentimiento de anticipación–. Por el Club de los Millonarios.

Capítulo Uno

Kate Adams miró al hombre por el que se había ido colando a lo largo de los tres años anteriores y notó que el estómago se le encogía. Aunque se sintió atraída por él desde el principio, su corazón, su pasión y su cariño habían alcanzado poco a poco el pozo en que residían en aquellos momentos. No era amor, se repitió por enésima vez, pero sí era algo muy fuerte.

El sillón de cuero que se hallaba junto a su enorme escritorio de nogal estaba vacío, como de costumbre. Michael prefería una silla alta y con ruedas y un tablero inclinado para trabajar. No le gustaba mucho estar sentado. Sus brillantes ojos color topacio parecían contradecir su actitud indiferente. Su inteligencia y tenacidad estimulaban la creatividad de Kate hasta un grado que nunca habría creído posible. Habían trabajado muy unidos y, después de un tiempo, ella había empezado a anhelar los comentarios de aprecio de su jefe, las ocasionales caricias de aprobación. De vez en cuando había sentido su mirada puesta en ella, y la atracción había palpitado entre ambos, pero Michael siempre se había ocupado de sofocarla.

Kate nunca había dejado de esperar que algún día su jefe apartara la vista de su trabajo, la mirara y comprendiera que era la mujer que necesitaba. Dos meses atrás, la fatídica noche en que Michael

la miró y alargó una mano hacia ella, creyó que así había sido.

Una oleada de calor la recorrió al recordar. Podría haber sido el día anterior. Ambos estaban cansados después de haber pasado varias horas trabajando en un proyecto. Cuando Michael recibió la noticia de que había conseguido un importante contrato con una empresa de la costa oeste, sacó una botella de champán olvidada en la nevera e insistió en que lo celebraran.

Abrió la botella y roció accidentalmente a Kate con el champán. Ella gritó, él se disculpó y ambos rieron. Una copa siguió a otra y al final Kate no sabía qué le había afectado más, si el champán o las hambrientas miradas de su jefe.

En determinado momento, Michael le hizo beber de su copa y lo único que consiguió fue mojarla más.

–Voy a acabar con más champán en la blusa del que he bebido –dijo ella, riendo. Al mirar a Michael, la expresión de sus ojos la dejó sin aliento. Dejó de reír y sintió que una mezcla de temor y euforia se apoderaba de ella. Hacía tiempo que anhelaba que la mirara así.

Michael posó la vista en su boca.

–Siento curiosidad por averiguar cómo sabe el champán en tus labios.

Instintivamente, Kate se los humedeció con la lengua. Se sentía como si estuviera al borde de un precipicio. El corazón le latía tan fuerte que estaba segura de que él podía oírlo.

–Tal vez deberías comprobarlo –susurró.

Sin dejar de mirarla, Michael inclinó la cabeza y la besó. El primer beso dio paso a otro, y a otro más, hasta que Kate perdió la cuenta. Su blusa hú-

meda fue descartada y se excitó al instante bajo las caricias de Michael. Seductoras y exigentes, las manos de este no dejaron un rincón de su cuerpo sin explorar. Inevitablemente, en su interior floreció la esperanza de que la deseara como algo más que su secretaria.

Pero a la mañana siguiente su sueño quedó roto en mil pedazos. Michael se disculpó profusamente por haber traspasado las barreras de su relación profesional. Se mostró tan sinceramente disgustado por su comportamiento que Kate no pudo odiarlo.

E incluso después del tiempo transcurrido aún no había perdido la esperanza de que la mirara y comprendiera que la quería. Pensó que había llegado el momento de averiguarlo, y sintió que el estómago se le volvía a encoger a causa de los nervios. Respiró profundamente para tranquilizarse. Había llegado el momento de la verdad. Ganara o perdiera, no podía permitirse esperar más a Michael.

Se acercó a él y abrió la boca.

Michael apartó la mirada del papel que sostenía en la mano y se lo alcanzó.

–¿Te importaría investigar este hogar para madres solteras?

Kate sintió que su corazón dejaba de latir. ¿Sabía la verdad? Abrió la boca, pero ningún sonido surgió de ella.

–Necesito que lo mantengas en secreto –continuó Michael, en un tono que recordó a Kate la noche que pasaron juntos, la noche que él le demostró con su cuerpo y sus palabras cuánto podía desearla–. Es un favor para un amigo.

–¿Un favor para un amigo? –repitió ella, tensa.

Michael se encogió de hombros.

–Sí, algo referente a una fundación caritativa.

Kate tomó el papel.

–Lo intentaré, pero puede que tenga que irme.

–¿Irte? –Michael miró su reloj–. Son solo las diez. ¿Estás enferma?

–En cierto modo –murmuró Kate, sintiendo que su coraje se desvanecía. Pero enseguida alzó la barbilla y se dijo que debía hacer aquello–. No puedo volver –espetó.

–¿Volver a dónde? –preguntó Michael, sin comprender.

–Adonde estábamos antes de la noche que pasamos juntos.

Michael asintió lentamente y se pasó una mano por los ojos.

–Ya te dije que lo sentía. Lo último que pretendo es estropear nuestra relación profesional. Eres la mejor secretaria que he tenido... la única que podría tener.

Se estaba refiriendo al hecho de que había tenido siete secretarias antes de que Kate llegara. Si ella no hubiera estado colada por él, sus palabras habrían sido un consuelo pero, dadas las circunstancias, no sirvieron para nada.

–No puedo volver atrás. Siento algo especial por ti –dijo Kate, y sintió que su corazón se desgarraba cuando Michael apartó la mirada. Decidida a hacer aquello lo mejor posible, continuó hablando a pesar de la inseguridad que reflejaba su voz–. Siento algo por ti que no puedo evitar. Te aprecio como jefe, pero me he encariñado contigo como hombre.

–Pues no lo hagas –dijo él con firmeza, volviendo a mirarla–. No soy el hombre que te conviene. No creo en el amor romántico. Ni siquiera

estoy seguro de creer en el amor. Las emociones van y vienen. No se puede depender de ellas. Hay más probabilidades de ganar en Las Vegas que con algo tan caprichoso como las emociones humanas. No soy alguien con quien se pueda contar. Sería un marido y un padre funesto. No te encariñes conmigo de ese modo.

El corazón de Kate se encogió y las náuseas se acumularon en su garganta. Asustada, se volvió para correr hacia el baño.

–¡Kate! –exclamó Michael tras ella.

Al sentir que le iba pisando los talones, ella cerró de un portazo a sus espaldas. Tiró de la cadena y se arrodilló hasta que terminó de devolver. Luego, ignorando los golpes en la puerta, se irguió, se lavó la cara y bebió un poco de agua.

–Lo superarás, Kate –dijo Michael desde el otro lado de la puerta.

Kate se sentía humillada, mortificada... y embarazada. Pensó en la pequeña vida que llevaba en su seno, el resultado de la única noche que había pasado con Michael. Sintió que se le hacía un nudo en la garganta, pero se negó a llorar. Tal vez más tarde, pero no en aquellos momentos.

Al mirarse en el espejo vio un intenso dolor reflejado en sus ojos azules, unos ojos que, según sus amigos, siempre relucían. Algo no encajaba en aquella imagen.

–Si siempre haces lo que siempre has hecho, siempre obtendrás lo que siempre has obtenido –murmuró, citando de forma aproximada una frase que había leído recientemente en un libro–. Ha llegado el momento de hacer algo distinto –armándose una vez más de valor, irguió la cabeza y abrió la puerta–. Renuncio a mi puesto.

–¿Que renuncias? –repitió Michael, consternado–. ¿Por qué vas renunciar a un trabajo que te gusta cuando ambos sabemos que esa noche que pasamos juntos fue solo un gran error?

«Porque voy a tener un hijo tuyo», pensó Kate, pero se negó a decírselo en aquellos momentos. Tal vez más adelante, cuando hubiera recuperado la compostura.

–Es imposible que me quede. Renuncio –dijo, y se encaminó hacia su despacho.

Michael la alcanzó enseguida.

–Esto es ridículo. Lo superarás. Te aumentaré el sueldo.

–No necesito ningún aumento –replicó Kate a la vez que abría la puerta del despacho–. Mi opción de compra de acciones de la compañía me ha asegurado el futuro.

–Tendrás tu propio proyecto.

Aquella era una oferta muy tentadora, pero no para ella.

–No.

–Debe haber algo que desees con todas tus fuerzas –dijo Michael, exasperado–. Todo el mundo tiene su precio.

Aquellas palabras enfadaron tanto a Kate que apenas pudo hablar. Respiró profundamente.

–Siempre pensé que las personas que te llamaban «el hombre de acero» estaban equivocadas. Siempre creí que poseías otras cualidades. Por eso me quedé –se volvió y lo miró a los ojos–. Renuncio. Renuncio a organizarte el día, a recordarte que debes comer, a seguir dejándome seducir por tu inteligencia, a seguir deseando que me desees. Renuncio a seguir trabajando para ti.

–Tu contrato específica que debes avisar con

dos semanas de antelación –replicó Michael con aspereza.

Kate sabía que podía ser duro, pero nunca lo había sido con ella. Sus manos empezaron a temblar. Si no salía pronto de allí iba a desmoronarse. Volvería más adelante por sus cosas.

–Descuéntame el dinero. Adiós, Michael –dijo y, tras tomar su bolso, salió del despacho con paso firme.

Michael la observó mientras se alejaba. ¿Qué diablos acababa de pasar? Se había ocupado de restablecer su relación profesional con Kate después de la noche en que cediendo al oscuro anhelo y necesidad que tan a menudo había negado, hicieron el amor.

Siempre se había sentido físicamente atraído por ella, pero, ¿a qué hombre no le habría sucedido lo mismo? Su sedoso pelo oscuro caía como una cascada sensual hasta sus hombros, sus ojos azules brillaban de inteligencia y humor, sus carnosos labios se curvaban a menudo en una intrigante y seductora sonrisa y movía su cuerpo al caminar como un felino.

Hacía aflorar el afán de conquista en un hombre, pero él se había negado a sí mismo el agua y el sueño mientras hacía surgir su empresa de la nada. Se dijo que el sexo era una necesidad más a la que había renunciado. Valoraba a Kate por razones más importantes. Ella había sido la persona con la que más había podido contar durante los tres últimos años de su vida. Kate lo había tratado del mismo modo cuando estaba endeudado hasta el cuello y cuando se había convertido en multimi-

llonario. Confiaba en ella. Podía contar con Kate, y para ser un hombre que se había pasado la vida sin contar con nadie, eso era algo.

Su aroma aún permanecía en el aire... un aroma a galletitas y sexo. Eso solo habría bastado para volverlo loco. Lo más probable era que ni siquiera fuera consciente de su importancia. Pero ahora se había ido. La mirada emocionada y también triste de sus ojos aún lo perseguía. Kate no era impulsiva ni dada a muestras irracionales de emoción. Michael tenía la inquietante sensación de que había hablado totalmente en serio, y no solo había perdido a la mejor secretaria que había tenido; también había perdido a su mejor amiga.

El sonido del teléfono en el escritorio de Kate le hizo salir de su ensimismamiento. Descolgó el auricular.

–Hawkins –murmuró.

–¿Michael? ¿Qué haces respondiendo al teléfono?

Michael reconoció al instante la voz de Jay Payne, su especialista personal.

–Justo a tiempo, Jay. Necesito una nueva secretaria.

Se produjo un largo silencio.

–¿Has dicho una nueva secretaria? ¿Y Kate?

–Se ha ido.

–¿De vacaciones?

–No.

–¿Ha pedido una excedencia temporal?

–No –contestó Michael, sintiendo que se le empezaba a agotar la paciencia.

–¿Está enferma?

–No –contestó Michael, y entonces recordó que

Kate le había parecido enferma justo antes de irse–. Ha renunciado a su puesto.

Se produjo otro largo silencio.

–¿De repente?

–De repente.

–Pero se supone que debe avisar con dos semanas de antelación –farfulló Jay–. ¿Te ha dicho por qué? ¿Te la ha robado alguno de nuestros rivales? Sé que ha recibido ofertas.

Michael frunció el ceño. Había algo en todo aquello que no cuadraba.

–Anota que está de baja por enfermedad y yo procuraré hacerle cambiar de opinión. Dame los nombres de las empresas que han tratado de captarla. Entretanto, consígueme una secretaria eventual.

–¿Algún requisito especial?

–Que sea alguien como Kate –contestó Michael, y supo que acababa de pedir algo imposible.

Dos semanas después, cuando se reunió con Dylan y Justin en O'Malley, la marcha de Kate aún tenía alterado a Michael.

–Hey, Michael, te estás quedando atrás en el trabajo –dijo Dylan–. Tú estás a cargo del hogar para madres solteras, Justin del programa de escolarización para niños desfavorecidos y yo estoy buscando información para el programa de investigación médica.

–Investigación médica –repitió Justin con expresión preocupada–. Eso suena muy caro.

–Si no tienes cuidado, vamos a empezar a llamarte el millonario agarrado –amenazó Dylan con irónico humor.

–Llamadme lo que queráis, pero no me arruinéis –Justin se tragó una antiácido y miró a Michael–. No tienes buen aspecto. ¿Qué sucede?

–Hace un par de semanas perdí a una empleada fundamental –contestó Michael de mala gana.

Dylan hizo una mueca de pesar.

–¿Una muerte? Cuánto lo siento...

–Mi secretaria no ha muerto. Simplemente renunció a su puesto sin previo aviso. Acababa de encargarle que se ocupara de investigar el hogar para madres solteras.

Dylan alzó las cejas.

–¿Es una mujer veleidosa?

Michael negó enérgicamente con la cabeza.

–En absoluto.

–Puede que recibiera una oferta mejor –dijo Justin.

–No. Lo he comprobado.

Dylan hizo una seña al camarero.

–Aún no he conocido a ninguna mujer que no actúe de vez en cuando siguiendo sus impulsos emocionales. Dolores de regla, embarazo... todas se vuelven un poco locas de vez en cuando. Puede que recupere el sentido común y regrese.

La mente de Michael se centró en las palabras de Dylan. «Dolores de regla, embarazo». Movió la cabeza. Embarazo no, se dijo. Tal vez la regla, u otra cosa, pero no embarazo. Había sido una sola noche. Pero una noche en la que hicieron el amor cuatro veces, cada vez de forma más desinhibida que la anterior. Lo último en lo que pensó fue en algún método anticonceptivo.

Empezó a sudar. Se había limitado a suponer que no se quedaría embarazada. Después de todo, él nunca había tenido intención de ser padre ni

marido. Aquello no formaba parte de sus planes. No estaba escrito en su destino. De hecho, ni siquiera creía estar genéticamente diseñado para ser padre.

–Tierra a Michael, tierra a Michael –dijo Dylan a la vez que golpeaba con los nudillos la barra del bar. Rio, pero no pudo ocultar su preocupación–. ¿Quieres decirnos algo?

Michael pensó en Kate y movió la cabeza lentamente.

–No, no os preocupéis por mí. Me ocuparé personalmente de la investigación sobre el hogar para madres solteras. Nos vemos luego –dijo Michael, y se levantó.

–Pero tu cerveza... –dijo Justin, claramente incómodo con el desperdicio–. Dylan acaba de pedir otra.

–Gracias, pero prefiero dejarla para otro momento. Puedes tomártela tú.

–No la quiero –dijo Justin.

Dylan se encogió de hombros.

–Se la daremos a alguien.

Justin movió la cabeza.

–Creo que estáis llevando este asunto de la caridad demasiado lejos.

–Es solo una cerveza –dijo Dylan, sonriente–. Tendrás que extender un cheque con muchos más números cuando el Club de los Millonarios haga su primera donación.

La expresión desasosegada de Justin divirtió a Michael a pesar de su preocupación por Kate.

–Estás tan forrado que te vendrá bien librarte de un poco de dinero. Pero no te preocupes, Justin; no creo que vuelvas a pasar hambre en el futuro. Hasta luego, amigos –dijo, y mientras salía

del bar su mente regresó de inmediato a Kate. ¿Estaría embarazada?

Condujo hasta su apartamento sin dejar de pensar en ello. Al entrar en este, que era más un lugar para dormir que un hogar, no se molestó en encender la luz. La penumbra encajaba mejor con su estado de ánimo. Aunque el embarazo era una posibilidad física, cada vez que pensaba en ello seriamente se le encogía el estómago.

¿Cómo podía haber sido tan estúpido como para arriesgarse a traer al mundo un hijo en la misma situación por la que él tuvo que pasar? Desde luego, Kate no estaba enferma ni carecía de educación, como le sucedió a su madre, pero era joven y estaba sola. Una brumosa imagen de su madre justo antes de morir pasó por su mente.

Sabía que los recuerdos eran veneno, y cerró su mente a ellos. «Duerme», se dijo. Ocho horas bastarían para aclarar su mente, y si alguna vez había necesitado tener la mente clara, era en aquellos momentos.

Sin embargo, el sueño se mostró esquivo con él. No dejó de dar vueltas en la cama hasta que por fin se adormeció. Pero las imágenes grises que había logrado evitar durante el día invadieron sus sueños.

Destellos de momentos cruciales de su pasado, vistos a través de los ojos de un niño, le hicieron volver atrás en el tiempo, a cuando tenía seis años.

–Tu madre ha muerto –dijo la asistente social, palmeando su manita.

Michael sintió el sabor metálico del miedo y empezó a temblar.

–¿Tienes algún otro familiar? –preguntó la asistente.

Sin poder hablar, Michael negó con la cabeza.

–No te preocupes. Encontraremos alguien que se ocupe de ti.

Sin embargo, por diversos motivos, tres familias adoptivas fueron incapaces de conservarlo durante más de un año. Demasiado mayor para ser adoptado, Michael acabó teniendo su casa en el Hogar Granger, donde había muy pocas posibilidades de desarrollar lazos emocionales. Pero era un lugar adecuado para los sueños.

Y Michael no dejó de soñar en convertirse en un hombre que controlara su vida y su destino, un hombre rico y poderoso.

Pero nunca soñó en llegar a ser padre.

Como de costumbre, el despertador de Kate se puso a sonar poco antes de las seis. Tras apagarlo, se dispuso a ir al baño para tomar una ducha antes de ir a trabajar, pero entonces recordó que ya no trabajaba en CG Enterprises. Aún no se había acostumbrado al cambio de rutina. Su corazón latió más deprisa al pensar que estaba en paro, pero se tranquilizó al recordar sus acciones.

Su mente empezó a dar vueltas como un disco rayado. Pensamientos sobre Michael se deslizaron en ella con la insidiosa facilidad del humo, y el dolor del último encuentro regresó con toda su fuerza. Cada vez que pensaba en él se veía como una idiota. Aunque sentía algo muy intenso por Michael, no era amor. Apretó los ojos con fuerza y se dijo que tenía cosas más importantes en las que pensar. Como en su bebé.

Por enésima vez se preguntó cómo iba a decírselo a sus padres. Hija única y tardía, sabía que re-

presentaba todas las esperanzas y sueños de sus padres. Se estremeció al imaginar a su madre desmayándose y la expresión decepcionada de su padre. «Espera», pensó, y se preguntó cómo iba a esperar durante un año. Al menos tendría un respiro temporal, pues sus padres se habían ido de viaje en auto caravana a Branson.

Apartó a un lado sus preocupaciones y se levantó de la cama, decidida a seguir adelante como fuera. Después de ducharse y desayunar oyó que alguien llamaba a la puerta. Supuso que sería algún vecino, pero al abrir la puerta se encontró frente a Michael.

Sintió que el corazón le daba un vuelco al verlo. Su seria expresión contrastaba con el sol de la mañana y las animadas flores que adornaban la entrada de la casa. Su rostro revelaba que apenas había dormido, pero no por ello dejaba de emanar su característica fuerza. Ese era uno de los motivos por los que Kate se sintió atraída por él desde el principio. Se intuía que, aunque Michael pudiera caer como cualquier otra persona, no se desmoronaría y siempre saldría adelante.

Él la observó durante un largo e incómodo momento antes de mirarla directamente a los ojos.

–¿Estás embarazada?

Kate dejó de respirar. Se sintió como si acabara de pasarle un tren por encima. Desprevenida, abrió la boca para decir algo, pero no logró articular palabra. Miró la puerta y pensó en cerrarla ante sus narices.

Michael debió leerle la mente, porque plantó un pie en el umbral.

–¿Estás embarazada? –repitió.

Desacostumbrada a que Michael centrara en

ella su atención con tal intensidad, Kate siguió luchando por recuperar la compostura. Estaba demasiado cerca de él. Cuando logró respirar, inhaló su aroma y su cuerpo se ablandó como lo hizo la noche que compartieron.

–Sí –susurró, finalmente.

–Tenemos que hablar –dijo él, y entró en la casa.

Haciendo un esfuerzo por mantener la cabeza fría, Kate se cruzó de brazos y dejó la puerta abierta.

–Creo que no estoy de acuerdo.

Michael alzó una ceja con expresión interrogante, pero no dijo nada.

–Ya dejaste bastante claros tus puntos de vista durante nuestra última conversación –continuó Kate–. Dijiste que serías un padre terrible y que no debía fiarme de ti.

Michael apoyó las manos en las caderas.

–Eso fue antes de tener todos los datos.

–¿Y cómo ha cambiado las cosas eso? –preguntó Kate, negándose a ceder a su debilidad por él. Esa debilidad ya le había metido en bastantes problemas–. ¿Acaso has adquirido de pronto la habilidad para ser un buen padre?

Michael entrecerró los ojos.

–No. Puede que no sea capaz de hacer mucho por el bebé, pero al menos me ocuparé económicamente de él –tras una pausa, añadió–: También puedo darle un nombre.

–¿Cómo?

–Podemos casarnos –contestó Michael, con la misma emoción con la que habría podido proponer que se compraran un coche.

Kate hizo un esfuerzo para que su cerebro funcionara como era debido.

–A ver si lo entiendo. No me quieres, no quieres ser padre ni marido, pero te parece buena idea que nos casemos para que el bebé tenga un nombre y seguridad económica, ¿es eso?

–Puedo ocuparme bien de él –dijo Michael, con una firmeza que sorprendió e inquietó a Kate.

–Financieramente –replicó ella–. Pero los niños necesitan algo más que dinero de sus padres y madres. Un niño necesita seguridad, atención, amor, afecto, enseñanzas, risas. Un niño necesita ver que el amor es posible, y tú no crees en el amor. ¿Por qué iba a casarme contigo, Michael? Tú no... –un vehículo conocido llamó de repente la atención de Kate–. ¡Oh, no! –exclamó horrorizada al darse cuenta de que era la auto caravana de sus padres la que estaba entrando en el sendero de su casa–. Tienes que irte –dijo rápidamente–. Hablaremos más tarde. Vete.

Michael la miró como si le hubiera salido otra cabeza.

–¿Por qué?

–Son mis padres. Tienes que irte –dijo Kate, esforzándose por controlar el pánico y un nuevo ataque de náuseas.

–No les has dicho que estás embarazada –concluyó Michael.

–No se lo he dicho a nadie.

–¿Cuándo planeas decírselo?

Kate vio que su padre bajaba del vehículo y la saludaba con la mano.

–Dentro de cuatro años estaría bien –susurró, a la vez que se obligaba a sonreír a su padre–. Mi madre tiene un pequeño problema de corazón. No es realmente peligroso, pero no quiero alterarla. Tienes que irte –añadió enfáticamente.

–No puedo. Me han bloqueado la salida –dijo Michael, y la lógica de sus palabras hizo que Kate quisiera llorar.

–Katie –dijo su madre con una sonrisa mientras subía las escaleras del porche–. ¡Sorpresa! Espero que no te importe. Te prometo que no nos quedaremos mucho. Solo un día. Necesitaba verte para asegurarme de que te encuentras bien –observó a su hija con ojo maternal–. Estás un poco pálida, corazón.

Kate sintió que el estómago se le encogía a causa de las náuseas, pero siguió sonriendo mientras abrazaba a su madre.

–Estoy bien. Yo también me alegro de veros. Pensaba que estabais en Branson.

Su padre le dio un rápido abrazo y rio.

–Ya conoces a tu madre. No es feliz si no ve a su niñita de vez en cuando. ¿Quién es él? –preguntó, volviéndose hacia Michael.

Kate habría deseado tener en ese momento una varita mágica en las manos. Habría hecho que tanto Michael Hawkins como sus náuseas desaparecieran.

Capítulo Dos

–Este es mi jefe. Me he tomado unos días libres y quería que repasáramos unos detalles sobre un proyecto especial. Michael Hawkins, Tom y Betty Adams –dijo Kate, haciendo rápidamente las presentaciones–. Ya hemos acabado –añadió animadamente–. Puedes irte.

–Oh, no hace falta que te des prisa por nosotros –dijo su madre–. Kate nos envió un artículo sobre tu empresa. Muy impresionante. Siempre te ha tenido en muy alta estima.

–Gracias –dijo Michael, dedicando a Kate una mirada especulativa–. Kate ha sido muy valiosa para mí. Irreemplazable.

«Irreemplazable como secretaria», se recordó ella con firmeza.

–Así es nuestra Katie –dijo Tom, radiante de orgullo–. Siempre ha sido muy especial para nosotros.

Kate sintió que su estómago se encogía de nuevo al pensar en la rapidez con que desaparecería la alegría y el orgullo de su padre si supiera la verdad. La idea de hacerles daño la ponía enferma.

–Pasad, estáis en vuestra a casa. Yo vuelvo enseguida –dijo, y se fue rápidamente al baño.

Se sentó en una banqueta junto al lavabo un momento para recuperarse y luego se levantó para

lavarse la cara. No era dada a los ataques de ansiedad, pero no podía imaginar una situación más apropiada para sufrir uno. Michael Hawkins empeñado en casarse con ella sin amarla y sentado en el cuarto de estar con sus padres. Reprimiendo un gemido, volvió a sentarse en la banqueta.

La puerta se abrió y Michael se asomó al interior.

–¿Qué haces aquí? –susurró Kate–. Se supone que deberías haberte ido.

Michael se acercó y la miró atentamente.

–¿Haces esto a menudo? –preguntó, y se agachó frente a ella.

–¿Hacer qué?

–Desmayarte.

–No me he desmayado –replicó Kate, irritada por la proximidad de Michael y por la sensación de mareo que no la abandonaba–. He venido aquí precisamente para evitar desmayarme. Estoy segura de que me sentiré mejor en cuanto te vayas. Tenemos que volver, o mis padres...

–Tu madre ya sospecha algo –dijo Michael–. Ha dicho que estabas pálida.

Kate se llevó una mano a la frente.

–Oh, no. Sabía que esto pasaría –gimió, y luego bajó la voz–. No puedo ocultarle nada. Siempre he sospechado que tiene visión de rayos X en los ojos. No puedo decírselo. Se llevarían un disgusto terrible.

–Tendrás que decírselo en algún momento –dijo Michael, con un encogimiento de hombros que dejó ver con toda claridad que no comprendía la situación de Kate.

–«Algún momento» no tiene por qué ser ahora.

–¿Y si estuvieras casada?

–No vuelvas a mencionar esa idea absurda –Kate sabía que su madre había estado planeando su boda desde que había nacido. Si Betty Adams hubiera podido hacer las cosas a su manera, habría casado a Kate con un niño vecino que se hizo dentista y habría hecho que se trasladaran a la casa contigua–. Me niego a estropear aún más las cosas tomando otra decisión con consecuencias a largo plazo –dijo, negando con la cabeza a la vez que se levantaba.

Michael se irguió.

–¿Otra decisión? –preguntó.

–Sí. La primera fue meterme en la cama contigo. Y ahora tienes que irte.

–Kate –dijo él, y la tomó por el brazo.

El corazón de Kate comenzó a latir aceleradamente, confundiéndola. Apartó el brazo.

–Apenas me has mirado a los ojos en dos meses. ¿Por qué me tocas ahora?

–Las circunstancias son diferentes ahora.

«No lo suficiente», pensó ella, recordando cómo había destrozado Michael sus esperanzas unas semanas atrás.

–Me conoces mejor que nadie, Kate –añadió él.

Kate se humedeció los labios y simuló un despreocupado encogimiento de hombros.

–¿Y qué?

–Sabes que siempre consigo lo que quiero –contestó Michael, taladrándola con la mirada.

Kate había visto aquella expresión de determinación en el rostro de Michael en otras ocasiones, pero siempre en relación a sus negocios. Pero en aquella ocasión era por ella... o, más bien, por el bebé que llevaba dentro. Al oír pisadas acercándose, sintió otra oleada de pánico. Abrió la puerta

y salió rápidamente para recibir a su madre en el vestíbulo.

–Mamá, Michael estaba a punto de irse y quiere despedirse –dijo, sin aliento–. ¿Crees que a papá le importará mover la auto caravana para que pueda sacar el coche?

Miró rápidamente a Michael y vio que este la observaba como si fuera un tigre acechando a su presa. Su pulso se aceleró al instante.

–Ha sido un placer conocerla, señora Adams. Espero volver a verla pronto –dijo Michael, haciendo saber a Kate indirectamente que su retirada era solo temporal–. Estaremos en contacto, Kate –añadió.

–Adiós –Kate se mordió el labio mientras veía cómo se alejaba.

–Creo que le gustas, Katie –dijo su madre, siempre esperanzada.

Kate negó con la cabeza.

–No te ha quitado los ojos de encima –insistió su madre–. Un hombre como él podría ser un buen marido.

Kate reprimió una docena de comentarios y volvió a abrazar a su madre.

–Mamá, cada vez que me ves con un hombre dices que no me quita los ojos de encima. Lo que quieres es que me case –bromeó con ligereza, pero sentía el corazón pesado.

Michael dejó que la primaveral brisa de la tarde lo acariciara mientras permanecía sentado en su descapotable, cerca del dúplex de Kate. La auto caravana de sus padres acababa de salir del sendero de entrada. Miró su reloj y decidió dar a Kate

cinco minutos de respiro antes de llamar a su puerta.

A pesar de su reputación de hombre duro, Michael había sido incapaz de desentenderse del embarazo de Kate. La situación le volvía loco, y no recordaba haber sentido nunca un impulso tan fuerte como el de proteger a su hijo de todo lo que había sufrido él durante su infancia.

Y para colmo, su afán protector también se extendía a Kate. No soportaba la idea de que se encontrara sola en aquellas circunstancias. La tensión le subía de pensar en ello, y estaba decidido a convencerla para que aceptara su plan. Tras volver a mirar su reloj, entró con el coche en el sendero de la casa.

Tomó un papel del asiento del pasajero, salió del coche y subió las escaleras del porche. Llamó al timbre y un gato manchado se acercó a sus pies y maulló.

Kate abrió la puerta, frotándose los ojos como si hubiera estado llorando.

–No te esperaba.

Volvería cada día hasta dejar aquello zanjado, pensó Michael, deseando que Kate sonriera de nuevo.

–Pasaba por aquí y he visto que tus padres se han ido –ella no lo invitó a pasar, pero él lo hizo de todos modos–. ¿Por qué estás llorando?

Kate tomó al gato en brazos y lo acarició.

–Me siento muy estúpida por haber llegado a esta situación.

–No eres tú la única responsable –dijo Michael, recordando la época en que Kate solía tener un efecto sedante sobre él. Pero esa época había pasado hacía tiempo, pensó, irritado–. No

hemos terminado nuestra conversación de esta mañana.

Ella lo miró con cautela.

–Yo creo que sí.

–No –replicó Michael, tratando de reprimir su impaciencia–. Solo podemos hacer una cosa. Tenemos que casarnos. No hay otra opción.

Kate parpadeó.

–Eso no es cierto. No vivimos en el siglo pasado. Hoy en día muchas mujeres solteras tienen hijos.

–¿Es eso lo que quieres para nuestro hijo?

–No, pero...

–Exacto. No pienso aceptar un no por respuesta.

–Pareces olvidar que para casarse hacen falta dos. También pareces olvidar que me dijiste con toda claridad que no estás hecho para ser marido ni padre.

Michael entrecerró los ojos.

–No tenía todos los datos durante esa conversación. Me ocultaste un detalle crucial. ¿Por qué?

–No quería que te casaras conmigo porque estoy embarazada –replicó Kate–. Y eso es precisamente lo que tratas de hacer.

Michael apretó los dientes. Razonar con ella había sido mucho más fácil cuando era su empleada.

–La gente se casa por motivos más nimios. Tú y yo debemos casarnos por el bien de nuestro hijo. No quiero que un hijo mío nazca ilegítimamente y sin el apoyo financiero que puedo darle. Conocí a demasiados que sufrieron esas circunstancias y no pienso permitir que le pase lo mismo a mi hijo.

Kate lo miró durante un momento.